

ahora de rosas ¡muchas rosas! al amparo de la muralla adornada, floreada, que también sirven para el goce espiritual.

Más próxima todavía. Aquella huerta frailuna, está convertida en el vulgar paseo de San Francisco, acogotado ahora por los feísimos edificios de altura «y de bajura».

Fue Antonio Juez, el artista exquisito, el creador de esta curiosa arboleda de palmeras y de cinamómos unidos por cordones de rosas maravillosas. Esperábamos impacientes este año la aparición de las celindas, ordenadas y cumplidoras de su deber, hasta que cada día van apareciendo cubriéndose de blancas flores olorosas al conjunto de una mano oculta de una conciencia casi humana y que intima conversación providencial. Esta simetría florida tan estupenda se le debe al amor de aquel amigo tan olvidado.

Soñemos al menos con los jardines de Semíramis de Babilonia; en los estilizados versallescicos del 18; en los de la Granja, Aranjuez y El Escorial; jardines románticos que circundan la Alhambra de Granada, inspirados en el susurro de las aguas que corren por sus acequias evocando la música universal de Manuel de Falla.

Frente a ellos, aquel a portuguesa con flores pregonando por las calles de Badajoz: ¡A la flor del jacinto!

Conformémonos y gocemos en este rinconcito franciscano de nuestro modesto caudal de jardinería:

Aquella casita blanca
que está entre los olivares
vale más que el mundo entero
porque allí tengo a mi madre.

Gratos recuerdos de nuestra juventud pacense.



Comentarios sin importancia

La paz del Señor

E estado en el campo. Unos días de plácido asueto, alejado del «mundanal ruido». Aquel campo es una isla de paz, muy distante de núcleos urbanos, aislado, también separado ampliamente de carreteras. Se va a él por largo y penoso camino y, una vez allí, se vive una vida olvidada, poco menos de anacoreta. No tienes, si quieres, (y claro que quiero), vida de relación alguna. Te encuentras como amputado de la sociedad, de la civilización. Puedes gozar a tus anchas de soledad y de olvidos. Allí la paz, se hace teorema de paz de alma, con paz de campos. El alma se te llena de placideces y de bondades.

Me levanto allá, muy temprano, cuando aún no se adivinan las claridades de la alborada. Y enciendo una lumbre de taramas y tueros de encina. Y trago seguidamente un café, como buen pretexto para fumar. Ya se entrevé una tenue claridad y el solitario lucero de la mañana, se enseñoa de la comba de los cielos. Las lejanas montañas que tocan el infinito horizonte, se van tiñendo poco a poco con el color violáceo de ojerías de mala noche. Se oye el clarín agudo de un gallo, que el eco de otros gallos repite en lo lejos. Los dedos de la amanecida están mojados de escarcha. Un silencio profundo se despereza con minúsculos ruidos de vida: piafar de mulas, ladrido lejano de un perro. Desayuno, migas tiernas y doradas, recién hechas, que huelen a calor de oveja. Salgo después al campo y las hierbas tienen lágrimas de helada. Los perros de la casa me siguen porque presienten el convite de mendrugos. El sol se va aupando sobre las encinas para besar prontamente la tierra; y las encinas y peñas proyectan unas sombras alargadas, alargadas como pirámides acostadas. Me encamino al pozo,

junto al regato de «Las Churras», que dá un agua turbia, ferruginosa, «agua cana». muy buena, según dicen, para abrir el apetito. El regato guarda frios de relente y sus aguas saltarinas, en los remansos, muestran los inefables espejos de carámbanos. Por cima del pozo, en la loma de enfrente, pelada, con solo adornos de ganonitas, está la encina del «Mochuelo», grabada por mí con unas iniciales a golpes de hacha hace ya ¡ay! muchos años y que aún se conservan. Voy después a la majada, a los rediles de las ovejas que se encuentran, con sus caras estúpidas, apretadas unas contra otras para defenderse del frío. Los perros de ganado, con sus adornos de anchas carlancas, me reciben huraños, con ojos de enemistad y gruñidos, contenidos por las voces aquietadoras de los pastores. Está colgada del «caramancho», enfrente del chozo, la sartén, aún caliente. de las inmediatas migas de los pastores. Hablo con el mayoral, que es un «serrano», de Avila; conoce a todas las ovejas — y parece imposible—, y sabe la que es primala o andosca y la que está «cubierta» y cuando parirá cada una. Me admira que «su mundo» se reduzca a esto, tan simple, tan ingenuo, pero complicado. Y le envidio. Intervienen en la conversación los demás pastores y se habla del tiempo, que no lloverá ahora, porque «el aire no es *lloveol*», pues no viene de «La Marquina»; que la vaca «Gitana» ha tenido un ternero; que está florecido y «muy cargado» el majadal; que la burra «cana» del pastor de «las viejas», a pesar de su edad, estará preñada... Estas son las conversaciones, intranscendentes, simples.

Continuo mis paseos por la alfombra verde de los majadales. En aquellas serenidades, sólo se oye el cascabelero parloteo de las alondras, el campanilleo lejano de esquilas de unas cabras, el murmullo del viento en las encinas. Todo es paz y sosiego y el alma se enponja en dulces pensamientos de bondades. ¿Cómo se puede pecar aquí?. Me siento en una peña para echar un cigarro y contemplo la maravilla de este bucólico paisaje. De un rayo de sol, filtrado por la copa de una vieja encina, una araña teje el tenue hilo de su escala. Mis pulmones estrenan aires puros que traen fragancias de tomillos y romeros y a las encinas les nacen temblores imperceptibles de brisas. Sigo andando, y mis largas miradas se pierden en la lejanía verdosa de encinas, o en los mares parduzcos de los barbechos. De tanto deleitoso pensar y gozar de esta tranquila y venturosa serenidad, me nace una mariposa blanca que me revolotea, y que me afirmo sea, un pensamiento bueno, brotado de esta placidez. Aquí, en estas soledades, en perfecta contemplación de la bella naturaleza, bañado en esta quietud, no caben envidias, odios, soberbias, ni malos pensamientos. Todo se traduce en infantiles bondades, en limpieza de corazón, en paz de alma. La dulce

tranquilidad, física y espiritual, te produce un cosquilleo amoroso de felicidad, que te hace comprender lo bueno de la existencia. Tras los largos paseos, me premio en la casa, con el calor confortante de las lumbres de encinas, que te avivan y te acarician. Desde la casa oigo, perdido e invisible en la quieta serenidad del encinar, las notas rítmicas del cuco, reloj de la vida de los campos, que cuenta los momentos del tiempo.

—No señorito, no es el cuco; es una abubilla. El cuco no canta hasta «medio» Marzo. Ya lo dicen: «San José da voz al cuco y San Juan se la quita.— me explica la guardesa, ufana de mostrarme sus saberes.

Por las tardes, otro paseo por aquellos campos, en que la teoría amarilla de rastros, ha sido vencida por la esperanza verde de una adelantada primavera. El sol, vencido, torna rubia la tarde y condecora con oros a las viejas encinas. Cuando ya el sol ensangrienta la tarde y los látigos de la helada empiezan a escocer, doy fin a estos paseos. Las montañas del horizonte se colorean ahora de azules desvaídos; el día se va desnudando de claridades y la noche, taimada, va tirando poco a poco de los telones de lutos. Otra vez la amorosa lumbre de troncos de encina nos acoge y preside una ingenua e inocente cháchara y, tras la cena, muy temprano a dormir.

—Padre Nuestro que estás en los Cielos... — ¡qué paz y tranquilidad de conciencia! — ... y no nos dejes caer en la tentación...

El Ángel de la Buena Voluntad me cierra los ojos y me concede un sueño plácido y reparador. ¡La Paz del Señor!

Una tarde cae en mis manos una revista atrasada. En ella veo una magnífica fotografía, que representa un silente claustro de un convento y por él pasea una monjita, solitaria y abstraída en su lectura y meditaciones. El sol, en contraluz, siluetea en claridades los arcos ojivales del claustro. La serenidad y paz se palpa en todo el ambiente. Aquí también hay paz, me digo, pero recoleta, un poco forzada, montada con artificio. Es el sosiego del olvido. La espiritualidad triunfante, que solo busca a Dios, en un vencimiento de las cosas terrenas. ¡La Paz del Señor sea con vosotros!

* *
*

Se me terminó la vacación y vuelvo a la ciudad, a mi casa, al trabajo. Vuelvo al quehacer cotidiano; a ocupar mi sitio, mi puesto de tornillo, pequeñito e insignificante, en el gran mecanismo de la Sociedad, de la Civilización, donde estamos enquistados. Con sus sinsabores,

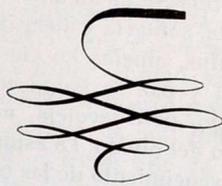
preocupaciones, y pequeños éxitos, si los hay. A seguir representando mi papel, en este valle de lágrimas. Me tienen guardados, mi familia, los periódicos de estos días de ausencia y los ojeo rápido.

Un discurso de un político que dice: «...en el momento coyuntural, es inevitable la reestructuración de las normativas...». Otro artículo comenta detalles del frustrado atentado contra Su Santidad en Filipinas. Noticias de la guerra abierta del Vietnam; y de la guerra oculta de Oriente Medio. Visitas de políticos y Jefes de países, en busca de armas y apoyos para aplastar al vecino. Huelgas en Inglaterra, Francia, Italia... protestas y manifestaciones en miles de lugares. La Ley Mills. Crímenes, timos, estafas, zancadillas y canalladitas. ¡Una delicia!, pero en fin, no traen nada de particular los periódicos. Como siempre; las noticias de todos los días. La sociedad está herida de muchas puñaladas de traición, engaños, odios, de malas voluntades. No son desilusiones, no; son ilusiones pequeñas y tiernas, rotas.

Y como siempre en la Misa, es deseo de buena voluntad, mandato o deseo Divino, el:

¡La Paz del Señor, sea contigo!

Miguel CHAVES SANCHEZ



Diciembre 1970,

El sueño

En la noche de otoño,
sólo se percibía
el ruido de una rueca
donde un hada tejía.

Hilaba margaritas
en perlas engarzadas,
sobre un manto de rosas
de plata recamadas.

Le pregunté ¿quién eres?.
Me dijo: Soy un hada.
Ven aquí que te enseñe
a hilar, como yo hilaba.

Y fui, e hilé con ella
sueños hechos de nácar,
ilusiones perdidas
y océanos sin agua.

Mientras ella tejía
una canción cantaba,
una canción hermosa
de almendras y hojalata:

«Hila que hila, hilandera,
en tus visillos de flores
la polilla agujerea.»